

# SURES

PRIMAVERA 2023 • TÁNGER



## TANGER NOIR

LA CONJURA CONTINÚA

---

## Sin city

---



Maribel Verdú en *El sueño de Tánger*, 1991

Era *Sin City*, la Ciudad del Pecado, en muchos carteles cinematográficos y portadas de novelas de los años 1950. Y no tenía tal apodo la menor connotación peyorativa, no era emitido por clérigos, beatos o puritanos. Al contrario, la mención al pecado era un atractivo reclamo publicitario, un guiño que hacía brillar los ojos de espectadores y lectores. Aludía a la libertad.

Pecar en Tánger suponía comerciar, trapichear y contrabandear sin estorbos. Hablar tantas lenguas como en la bíblica Babel. Expresar sin miedo tus ideas. Disfrutar de cualquier tipo de relaciones sexuales. O colocarse con toda suerte de estupefacientes. Aquel era un lugar

para aventureros, piratas y heterodoxos. Para gente rara, distinta, libre.

Ciudad internacional a mediados del siglo XX, Tánger no tenía entonces parangón con ninguna otra del planeta. Quizá solo La Habana precastrista ofrecía tantas facilidades para los pecados de la carne y el espíritu. Pero La Habana tenía amos, el dictador Batista y la mafia de Meyer Lansky, y Tánger no los tenía, era de todos y de nadie, la genuina *Sin City*. Un escenario perfecto para situar historias de ficción que allí eran muy verosímiles. Historias de espías dobles, triples y cuádruples. De rudos gánsteres y divinas mujeres fatales. De traficantes de mercancías prohibidas y estafadores de admirable ingenio. Y también de héroes que jamás eran planos y tontorrones, sino retorcidos y ambiguos, como los de la Grecia antigua.

El *noir* se enamoró apasionadamente de la ciudad del Zoco Chico durante tres o cuatro décadas. Luego, con el crepúsculo tingitano de finales del siglo XX, se desenamoró un poco, aunque nunca totalmente, que la decadencia también es muy novelesca. Y ahora, ya entrado el siglo XXI, el género negro vuelve a la capital del Estrecho. Quien tuvo retuvo. Tánger jamás dejó de ser encrucijada de mares, continentes y culturas, jamás dejó de ser portuaria y canalla, femenina y ecuménica, la ciudad más liberal, en el mejor sentido de la palabra, del norte de África. Y, además, hoy está renaciendo. Una vieja dama que vive una nueva juventud.

Antes de seguir, permítanme una advertencia: la historia nunca se repite exactamente del mismo modo, el pasado nunca vuelve tal como fue cuando era presente. Ni tan siquiera la nostalgia es lo que era, señaló Simone Signoret. El Tánger *Noir* del presente no alberga agentes nazis con gabardinas de cuero, aunque quizá sí torvos yihadistas y amorales agentes antiterroristas. No es

refugio de capos de la mafia, aunque quizá sí de narcos rifeños y latinos que van en Range Rover a la flamante Marina. Y en sus cafés no entran damas glamurosas en blanco y negro como María Montez o Hedy Lamarr, aunque quizá sí mujeres de negocios felinas y empoderadas que cubren el desfiladero de sus escotes con collares multicolores.

La capital del estrecho de Gibraltar vuelve a ser un escenario estupendo para historias sobre agentes secretos, empresarios golfos, embaucadores en fuga y demás gente de mal vivir. Encarnado por Daniel Craig, duro entre los duros, el mismísimo James Bond regresa a Tánger en la penúltima entrega de sus aventuras: *Spectre* (2015), dirigida por Sam Mendes. Le acompaña la doctora Madeleine Swann, interpretada por Léa Seydoux, una francesa de cabello rubio, nariz respingona y labios pulposos como las ciruelas y tan rojos como el infierno. En su lucha contra la multinacional del crimen *Spectre*, los dos se albergan en un imaginario hotel de la Kasbah: L'Américain. Allí descubren una oficina secreta que puede ayudarles a resolver el misterio que atormenta a la doctora Swan: qué fue de su padre. Pronto descubriremos que la doctora no es tan dulce e inofensiva como parece. En un determinado momento, Bond le propone enseñarle a usar una pistola SIG Sauer P226, pero ella le replica que ya sabe cómo manejarla. Su padre, miembro de *Spectre*, tuvo a bien educarla para sobrevivir en un mundo de engaño, corrupción y violencia. Esto, claro, la hace aún más adorable. Como hace encantador a Bond su respuesta a la pregunta de ella sobre qué le condujo a ganarse la vida como un sicario. «Era eso o el sacerdocio», dice.

Bond ya había estado antes en Tánger, faltaría más. Es uno de sus parajes favoritos junto a Bahamas, Londres, Berlín, Las Vegas, Hong Kong y La Habana. En *The*

*Living Daylights* (Alta tensión, 1987), con Timothy Dalton haciendo de 007, Tánger es donde reside el megalómano traficante de armas Brad Withaker. Tiene en el Marshán un palacio con jardín, piscina, palmeras y una vista de pájaro sobre el abrazo entre el Mediterráneo y el Atlántico. Y allí se entretiene jugando con su colección de soldaditos de plomo. Por cierto, en el momento del rodaje de esta película, el palacio del Marshán y sus soldaditos de plomo eran propiedad de un multimillonario americano de carne y hueso: Malcolm Forbes.

Ya ven, la realidad se aparea con la ficción en Tánger. Nada ni nadie son allí lo que aparentan. La vida perra alterna en aquel lugar con la *belle vie*. ¿Acaso se puede ser más *noir*?

Ian Fleming, el creador del personaje James Bond, iba mucho a Tánger en la segunda mitad de los años 1950. Al principio investigaba las redes de contrabando de piedras preciosas africanas que denunciaría en el libro *The Diamond Smugglers* (1957). Luego iba tan solo porque le gustaba la ciudad, porque allí se divertía y se enteraba de muchas cosas

A Fleming podía vérselo de noche en el Dean's Bar. Escuchaba el jazz que interpretaba al piano Peter Lacy, expiloto de la RAF y amante del pintor Francis Bacon, y trasegaba los cócteles que Dean preparaba como nadie en Marruecos

El Dean's Bar fue el auténtico Rick's Cafe imaginariamente regentado por Bogart en la película *Casablanca* (1942). Y Tánger la ciudad cosmopolita de aquella película de Michael Curtiz. Aún se discute por qué sus productores llamaron *Casablanca* a una historia que era más verosímil en Tánger, espacio de refugio, intrigas y golpes sucios durante la Segunda Guerra Mundial. ¿Quizá porque era más interesante políticamente situar la acción en un lugar controlado por la Francia de Vichy?

¿Quizá porque el título *Tangier* ya estaba registrado por Universal para la película que luego protagonizaría María Montez? Les juro que no lo sé.

Lo que sé es que el barman Dean existió. Era un tipo calvo, de tez oscura, políglota y campechano que coqueteaba con el misterio de sus orígenes. A Truman Capote le dijo que era un mulato jamaicano; a otros, que era hijo de un egipcio y una francesa. De él se rumoreaba en el Zoco Chico que era espía británico y adicto al opio, y probablemente ambas cosas fueran ciertas. Lo del opio, por cierto, también se murmuraba de la multimillonaria neoyorquina Barbara Hutton, que por aquel entonces tenía un delicioso palacete en la Kasbah.

Fuera como fuera, resulta curioso, visto con ojos actuales, que los muyahidines afganos estén en el bando de los buenos de *The Living Daylights*: luchan con Bond y los angloamericanos contra la Unión Soviética. La película hasta enfatiza el heroísmo de sus cargas de caballería contra los tanques de Moscú. En cuanto a Withaker, el ficticio dueño del muy real palacio de Forbes, está compinchado, por supuesto, con los pérfidos rusos. Estábamos en la Guerra Fría, recuerden, y, ni ayer ni hoy, la propaganda yanqui deja escapar una.

En *The Living Daylights* el consulado de Francia en Tánger se convierte en sede de la legación soviética, el Gran Café de París sigue siendo el Gran Café de París y Bond escapa de una mortal encerrona a través de las azoteas de la medina. La escena, con el telón de fondo de la bahía y el mosaico multicolor de la ropa tendida por doquier, está bastante bien. Pero no tanto como la semejante que se ve en *The Bourne Ultimatum* (*El ultimátum de Bourne*, 2007).

Dirigida por Paul Greengrass y con Matt Damon en el papel estelar, *The Bourne Ultimatum* incluye una trepidante persecución a cuatro —Bourne, su compañera

de fatigas, un sicario de la CIA y la policía marroquí— por las ventanas, los balcones y las terrazas de la medina. Justo a la hora en que el almuedano llama a la oración del mediodía.

Una tarde de la primavera de 2014, Arturo Reig Tapia, entonces cónsul de España en Tánger, me invitó a compartir unas copas en su residencia con la gente de la serie televisiva española *Cuéntame*, que rodaba en la ciudad el último capítulo de la temporada. Le cité la escena de la persecución por la medina de la película de Greengrass al jefe del equipo técnico, y me dijo que él también la tenía en un altar. Añadió que la luz de Tánger es ideal para la fotografía y la cinematografía: su intensidad no llega a desvanecer los colores; al contrario, los resalta hasta el punto de sacarles su esencia.

Imanol Arias y Ana Duato me contaron más tarde que, esa misma mañana, estaban rodando una escena en una callejuela de la vieja ciudad árabe cuando el director les ordenó abruptamente que se detuvieran. Tras ellos, unos policías estaban sacando un cadáver de una casa. «Ya decía yo que olía fatal», sentenció Duato.

Aquel maravilloso narrador oral que fue Emilio Sanz de Soto solía afirmar que una peculiar combinación de sol, humedad y vientos magnífica en Tánger los perfumes de sus flores: dama de noche, madre selva, nardo, jazmín, rosa y muchas otras. Esto es muy cierto, pero también vale para los olores a orines, pescado y cloacas. Y, según Duato, para los cadáveres descubiertos al cabo de varios días como el que se coló en el rodaje de *Cuéntame*. Ya lo decía Nietzsche: «Nada es anodino en el sur». Y menos cerca del Zoco Chico.

Tuve un amigo tanyauí llamado Abdelkáder Doukran que fue actor en varias películas policiacas en lengua árabe. No vivía de eso, claro. Fallecido hace unos años, regentaba una barbería en la callejuela que llevaba el



nombre de Miguel Ángel en el período internacional. La callejuela es interior y corre paralela a la Terraza de los Perezosos, el fenomenal mirador sobre el estrecho de Gibraltar y las costas de España que sirve de vestíbulo al Bulevar Pasteur.

Abdelkáder era un tipo guapo, con un rostro muy hermoso, esculpido con el cincel y martillo de Miguel Ángel y tan duro como el del actor Eddie Constantine. Así que le llamaban de vez en cuando para películas locales o producciones internacionales. No pudo trabajar en *The Living Daylights* porque entonces trabajaba con la gente de *Dernier été a Tanger* (1987), un *noir* francés dirigido por Alexandre Arcady, con Thierry Lhermitte, Roger Hanin y la *pulpeuse* Valeria Gouno en los principales papeles. Transcurre esta película en el verano de 1956, el último del período internacional, y cuenta la historia de una venganza: el personaje de Gouno va liquidando uno a uno a los mafiosos que acabaron años atrás con su padre. Abdelkáder, por su parte, hace un papelito en una escena de cabaré rodada en el Gran Teatro Cervantes.

Tampoco sale en *The Bourne Ultimatum*, pero le alquiló al equipo de rodaje su coche, un Fiat Palio. Lo pintaron, le pusieron una sirena y lo convirtieron en un vehículo de la Policía marroquí. .

En sus dos últimos *thrillers* Abdelkáder encarnó a un *raïs* de la droga del norte de Marruecos: hachís en *La guerra de los barones*, cocaína en *El amor blanco*. Ambos fueron rodados en Tánger y en ambos el personaje de Abdelkáder muere violentamente. En uno, a disparos de un joven que venga así a su padre. En otro, abatido por un francotirador de la Gendarmerie Royale cuando huye por las montañas. Echo de menos a Abdelkáder, tanto como a Chukri, el Negresco y el Dean's Bar.

A la siete y cuarto de una tarde de verano, Tom Ripley le da una merecida paliza al metomentodo David Pritchard



en el Café Hafa, al borde del acantilado tingitano que encara las costas de Cádiz. Ripley deja a Pritchard malherido e inconsciente, tumbado en una esterilla de esparto, y se va al Hotel El Minzah, donde se alberga con su esposa Heloise. Ocurre en la novela *Ripley en peligro*, de Patricia Highsmith, publicada en 1991.

Ahora también fallecida, Rachel Moyal, encargada en aquel tiempo de la *Librairie des Colonnes*, fue la mejor amiga de Highsmith en el período que la americana pasó en Tánger, a finales de los años 1980. Highsmith había viajado allí para conocer a Paul Bowles y, de hecho, se albergaba en su casa, en el Inmueble Itesa. Pero, por razones que Rachel desconocía, Highsmith y Bowles no hicieron buenas migas, así que la creadora de la serie sobre el amoral y camaleónico Ripley se pasaba casi todo el tiempo en la *Librairie des Colonnes*. Esperaba a que la encargada echara el cierre para irse las dos a tomar unas cervezas en *The Pub*.

Rachel Moyal, uno de los últimos miembros de la que fue gran comunidad sefardí de Tánger, me contó que ella quería llevar a Highsmith a visitar la medina, la Kasbah, las Grutas de Hércules, el Cabo Espartel y todo eso. Pero a la americana ninguna de esas atracciones le interesaba lo más mínimo. «Era muy desconfiada y aprensiva, y casi todo en la ciudad le daba miedo o asco», me dijo. Yo le comenté que eso contrastaba con el hecho de que la Highsmith contara en su novela que Ripley se sentía muy bien en Tánger. «Parecía como si tras una larga ausencia, hubiera vuelto a un lugar que le gustara», escribió en Ripley en peligro. Convenimos entonces en que el autor y su personaje no tienen por qué pensar y sentir lo mismo.

Cuando la creadora de Ripley estuvo allí, ya hacía años que la ciudad había dejado de ser lo que fue. Por una serie de carambolas que no viene al caso recordar, Tánger había sido administrada entre 1923 y 1956

por Inglaterra, Francia, España, Italia y otros países occidentales. Esto la convirtió en un santuario en el que, junto a los árabes, bereberes y hebreos de su población tradicional, se afincaron republicanos españoles, escritores vanguardistas, traficantes y contrabandistas de todo pelaje, aristócratas homosexuales, judíos que huían de los nazis, rusos que escapaban del estalinismo y andaluces que no podían soportar el hambre de la posguerra franquista. Aquel fue el caldo de cultivo de *Sin city*.

El cine lo reflejó en un montón de películas, una de ellas, la ya citada *Tangier* (1946). En blanco y negro y protagonizada por María Montez, Sherezade deslumbrante de otros productos multicolores de Hollywood, *Tangier* se debió rodar en estudios californianos; su Tánger es muy de cartón piedra. Cuenta las peripecias de un corresponsal de guerra norteamericano y una bailarina española llamada Rita para desenmascarar a un nazi que trafica con diamantes durante la Segunda Guerra Mundial. No es una película memorable, que conste, pero a mí me divierte que uno de sus carteles promocionales en inglés rece: *Tangier... city of 1000 sins!*

La gran Hedy Lamarr, en uno de sus papeles postreros, también protagonizó una historia de ficción en la Ciudad del Pecado: *My Favorite Spy* (1951), traducida al italiano con el más explícito título de *L'Avventuriera di Tangeri*. Es una comedia de espionaje en la que Bob Hope hace de un chistoso de cabaret contratado por los servicios secretos estadounidenses para hacerse en Tánger con un valioso microfilm. Allí se encuentra con la hermosa Lily, encarnada por Lamarr, que, como no podía ser de otro modo, resulta ser una artista del doble juego. Con un gorrito con plumas y un collar con tres vueltas de perlas, la actriz austríaca ya está en su madurez, pero ello solo

acentúa su belleza, su glamur y su inteligencia

No creo que Lamarr atravesara el Atlántico para el rodaje de *My Favorite Spy*. En cambio, sí que hay constancia de que Rita Hayworth estuvo en Tánger; ignoro si para rodar una película, acudir a una fiesta o como turista. Lo fehaciente es que se albergó en El Minzah. De todos los retratos de ilustres visitantes que cuelgan en las paredes del hotel de la Rue de la Liberté, el de Hayworth es el que más me impresiona. Hasta el punto de que a veces pienso que cambiaría toda mi vida por ese glorioso momento vivido por el portero del establecimiento cuando le abre la puerta con gran deferencia a la mismísima Gilda

Bogart, que yo sepa, nunca estuvo en Tánger, en contra de lo que decía el último propietario del ya desaparecido Dean's Bar, un simpático vejete marroquí. Sí lo estuvo, en cambio, su compatriota Eddie Constantine. Lo hizo para rodar el *noir* francés *La môme vert-de-gris* (*Cita con la muerte*, 1953) junto a Dominique Wilms. Constantine encarna al agente del FBI Lemmy Caution que va a Casablanca para terminar con una banda de traficantes de oro y culmina sus peripecias en el finisterre norteafricano.

En la primavera de 2017, el Instituto Cervantes de Tánger, en colaboración con el Cinema Rif, tuvo la feliz idea de exponer una colección de carteles de películas de intriga, crimen y espionaje allí ambientadas en el ecuador del siglo XX. Tenían títulos como *Trapped in Tangiers*, *Le renard de Tanger*, *Spionaggio a Tangeri*, *Tánger Zona Internacional*, *Treffpunkt Tanger*, *Flight to Tangier*, *Los misterios de Tánger*, *Thunder over Tangier*, *Weisse Sklavinnen für Tanger*, *Danger à Tanger*, *The Woman from Tangier*... En todos los afiches, fíjense, figuraba como señuelo irresistible el nombre de la ciudad.

Damiselas en apuros y viriles redentores protagonizaban aquellos carteles. Y en bastantes el fondo

oriental era disparatado. Uno llegaba a presentar como paisaje tingitano el perfil de los minaretes y las cúpulas de las mezquitas otomanas de Estambul. Y es que, como decía Juan Goytisolo, en la noche eurocéntrica todos los moros son pardos.

Vaya, ya veo al pedantuelo de turno enarcar las cejas y espetar: «¡Pero todo esto de lo que está usted hablando es pura Serie B!». Pues sí, camarada, películas y novelas entretenidas y populares, ¿qué tiene esto de malo? No creo que reivindicarlas sea incompatible con admirar las obras pictóricas y literarias que en Tánger fraguaron Tapiró y Matisse, Bowles y Burroughs, Ángel Vázquez y Juan Goytisolo, Genet y Chukri. Amén de divertidos y accesibles a todos, los géneros artísticos populares pueden contener lúcidos reflejos de la realidad y hasta pistas para mejorarla. No todos sus autores, créame, son descerebrados.

Sigamos, pues. En el Tánger internacional abundaban los espías de todas las nacionalidades y los chivatos al servicio del mejor postor. Ponían la oreja en el Dean's Bar, el café de Madame Porte, los restaurantes Le Claridge y Guitta, las barras del Parade y el Negresco, las pistas de baile del Kutubía y el Morocco Palace, las mesas flamencas de La Mar Chica y las de ruleta y bacarrá de los casinos municipal y judío. Y resulta significativo que, salvo por el asesinato de la condesa Marga d'Andurain en 1949, aquel Tánger era bastante seguro. Quizá porque a tirios y troyanos les convenía mantener el statu quo. No convenía fastidiar al vecino, no convenía llamar la atención. Así lo contó el coronel Gerald Richardson, jefe de los investigadores de la Policía Internacional, en su libro de memorias *Crime Zone* (1959).

Reales o imaginarias, las andanzas de aquellos espías y chivatos fueron narradas en muchas novelas del género *pulp*. Como *Two Tickets for Tangier* (1956),

de Van Wyck Mason, o *Panique à Tanger* (1959), de Roger May y Nick Sander. «*The world's most sinful city*» pregona la portada de *Two Tickets for Tangier*, en la que un caballero con mostacho y smoking recibe o entrega algo subrepticamente a una seductora profesional de la danza del vientre.

Fue también Tánger el epicentro de los tebeos, novelas y películas de la serie *Modesty Blaise*, creada en 1963 por Peter O'Donnell y Jim Holdaway. Su protagonista, la joven y muy sexy Modesty, dirigía desde allí *The Network*, una red de delincuencia internacional de cuello blanco y uso abundante de las últimas novedades de la cacharrería electrónica. El cabello de la jefa era negro como el carbón y lo llevaba recogido en un moño airoso y distintivo.

Asimismo Tánger era la Interzona de *The Naked Lunch* (El almuerzo desnudo, 1959), novela allí parida por aquel escritor norteamericano muy drogata llamado William Burroughs. El gran Burroughs, que casi siempre llevaba sombrero, había llegado a la ciudad escapando de la policía mexicana, que lo buscaba por pegarle un tiro mortal en la cabeza a su esposa Joan. Él juraba que estaban recreando el juego de la manzana de Guillermo Tell y que, como estaba muy colocado, había errado el disparo. Es tan posible como *noir*, ¿no?

La lectura de un libro de Bowles había impulsado a Burroughs a escoger Tánger para huir de los policías mexicanos, pero se quedó por la facilidad para conseguir chicos, heroína, kif, hachís y esa confitura de cannabis llamada mayún. Vivía en el hotel Muniría y Chukri, que lo conoció, contaba que sus encuentros sexuales podían durar dieciséis horas de un tirón y que nunca salía a la calle sin una navaja o una pistola. «Aquí nadie es lo que aparenta», decía Burroughs a propósito de *Interzone*. Supongo que esa afirmación también valía para él.

Chukri y Genet se hicieron buenos amigos en Tánger: la literatura los había redimido a los dos de un destino que parecía condenarlos a pasar más años en la cárcel que en la calle. A finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970, cuando el autor de *Journal du voleur* (*Diario del ladrón*, 1949) andaba por allí, los dos escritores malditos iban a tomar copas al Negresco. El francés llamaba «repaire de traîtres» (nido de traidores) a la ciudad. En su boca era un elogio. Tánger albergaba todas sus obsesiones: la traición, la cárcel, el trapicheo, la homosexualidad, el puterío, el crimen y el erotismo. Chukri la llamaba una «puta vieja y desdentada», lo que, dicho por él, también era un piropo.

Tánger ha vuelto a ser en los últimos años uno de los escenarios internacionales favoritos de la ficción española. En la novela histórica con Susana Fortes, María Dueñas, Arturo Pérez Reverte, Iñaki Martínez y Sergio Barce. En la negra con el añorado Antonio Lozano, Jon Arretxe, José Luis Barranco y yo mismo, entre otros. Pero matizo mis palabras: nunca se fue del todo, siempre estuvo ahí. Juan Madrid, maestro del género negro español, escribió y dirigió la película *Tánger* (2004), que, aun transcurriendo en la capital española, tiene como protagonista a un tangerino llamado Abdul Kader Torres y al que da vida Jorge Perugorría. Y antes Maribel Verdú había protagonizado con el guapísimo Fabio Testi *El sueño de Tánger* (1991), un *noir* de Ricardo Franco.

*El sueño de Tánger* es muy Serie B, deliciosamente Serie B. Maribel Verdú hace de la jovencísima Lola, una tangerina de nacionalidad española y cabello oscuro y rizado que se busca la vida robando lo que puede y pasando hachís a Algeciras. Tierna y dura a la vez, Lola es una *femme fatale*: una artista de la traición y la supervivencia que manipula a su guisa al español interpretado por Fabio Testi y al traficante rifeño Yilali.

«Me has contado tantas mentiras que ahora no puedo pagarte ni con una sola verdad» le dice Testi hacia el final.

Maribel Verdú adora *Sin City*, va mucho por allí. Una vez me contó que, en una de sus estancias, unas españolas la abordaron cuando se bronceaba en la piscina de El Minzah. «Disculpe», le dijeron, «seguro que se lo han dicho muchas veces, pero es que se parece usted mucho a Maribel Verdú». La respuesta de la actriz fue fácil y directa: «Soy Maribel Verdú».

La realidad y la ficción, la autenticidad y la impostura, la verdad y la mentira se suceden sin solución de continuidad en la muy *noir* Tánger. A mí eso me gusta. Me gusta mucho.

**Javier Valenzuela** es periodista y novelista.

Es autor de la trilogía *Tánger Noir* compuesta por: *Tangerina*, *Limonos negros* y *La muerte tendrá que esperar*.



**Modesty Blaise**, personaje de cómic que dirige desde Tánger una mafia internacional





Matt Damon en *The Bourne Ultimatum*



Lena Seydous en *Spectre*



Maribel Verdú y Fabio Testi en *El sueño de Tánger*

---

# En el Tánger noir de Javier Valenzuela

---

Tánger. La sola mención de la ciudad marroquí ya transmite una cierta sugestión, una atracción irreprimible hacia la intriga y el misterio, como si Tánger fuera un personaje de carne y hueso que pudiera ser filmado o escrito. Javier Valenzuela bien lo sabe. En sus novelas, Tánger es, desde hace años, un personaje con alma.

Paso a paso, Javier Valenzuela se ha convertido en uno de los autores de referencia de la actual novela negra española. No hablo de esa corriente actual del best-seller que inunda los escaparates de las librerías y que replican la misma fórmula una y otra vez. Hablo de la verdadera novela negra, del «polar *noir* español» al que Valenzuela pertenece por méritos propios. Esta etiqueta exige de una técnica narrativa que combina la trama detectivesca y la radiografía tanto del lado oscuro de la sociedad como del tiempo en el que se desarrolla la historia. Lo más parecido a la estela de Vázquez Montalbán. Los tres títulos que Javier Valenzuela ambienta en la ciudad de Tánger, los tres títulos que convierten a Tánger en un personaje con alma cumplen a rajatabla con estas premisas, pero añadiendo otros muchos valores.

En 2015, se publica la primera de ellas: *Tangerina*. Es como un arranque, un primer escalón en el descenso a muchos infiernos, a los que, en los títulos posteriores, sacará todo el jugo. Pero ya en este libro nos topamos con una de sus constantes: el cruce entre realidad y ficción y la convivencia entre personajes ficticios y reales,

componentes necesarios para dotar de más veracidad a sus historias. En *Tangerina* juega además con el tiempo, situándola a caballo entre los años cincuenta y la actualidad (2015). Con las novelas posteriores, asistimos al devenir de Tánger en una evolución «acordeónica», medidos por el viento que ha soplado en estos últimos años.

El protagonista es siempre el mismo: Sepúlveda, que es un «tapado», porque bajo él se esconde el propio autor. El Sepúlveda profesor es un detective accidental, como lo es el Javier Valenzuela periodista, que, al narrar, nos hace una radiografía de Tánger y de sus gentes, casi un reportaje de las dos caras de la ciudad. Pasar las páginas de sus libros es adentrarse por las calles, los barrios y los locales tangerinos, tan reconocibles, tan reales, tan actuales.

En *Tangerina*, Javier Valenzuela juega con esas dos épocas y también con dos hilos conductores muy diferentes que, finalmente, confluyen en un destino. El protagonista, Sepúlveda, un profesor español en Tánger, se ve envuelto en una especie de conspiración en la que entran en juego los yihadistas y el CESID, las cloacas de los servicios secretos o los intereses estratégicos de cada país, todo hilado en un argumento lleno de traiciones y de trampas, que lo llevará hasta un secreto que forma parte de su propio pasado. Y, en toda esta historia conspirativa, se cruza alguien tan real y emblemático para Tánger como es el escritor Mohamed Chukri, que pasa a convertirse así en uno de los personajes más relevantes del libro.

Pero en este título, lo que no ocurre en los dos siguientes, el pasado más lejano es absolutamente relevante. Es donde aparece otro de los grandes personajes creados por Valenzuela: Olvido, la madre de Sepúlveda. En esos saltos a los años cuarenta y cincuenta, nos relata la interesante

y sugestiva relación entre Olvido y Jane Bowles, hasta el extremo que marcará su vida, todo bajo el ambiente y la atmósfera hipnótica de aquel fastuoso Tánger internacional. La seducción que le provoca esa atracción sensual y pasional que siente hacia Jane despierta a Olvido de su vida apática y rutinaria (una historia casi paralela la suya a la de *Juanita Narboni*, otro personaje emblemático de Tánger al que recurre Javier Valenzuela en más de una ocasión). Y es aquí, en esta otra historia, la ambientada en los míticos años cincuenta, donde el Javier Valenzuela periodista convertido en novelista tiene los momentos más brillantes, introduciendo «pizzicatos» con los que nos traslada a esa época como si de un film de cine negro se tratara. Se diría que leemos entonces en blanco y negro.

Javier Valenzuela ama Tánger y, bajo el disfraz descarado de Sepúlveda, se demora detallando por dónde se mueve o por dónde camina en este Tánger moderno y actual que él nos va radiografiando título a título. Luego, cuando da el salto temporal a los años cincuenta, es con la ayuda de los datos históricos o anecdóticos de los personajes reales (Sanz de Soto, Paul y Jane Bowles, Barbara Hutton, Bacon o Burroughs, el propio Chukri de nuevo desde el presente...) como crea el ambiente de aquellos tiempos, y eso lo convierte en otro reportaje ya no filmado sino narrado en una crónica de sociedad bien detallada. Pero no es una mera postal o un paisaje (o ese decorado de cartón piedra que se ha utilizado en otras novelas de otros escritores que creen conocer Tánger y Marruecos, pero que solo lo deforman), porque Valenzuela toma partido por Tánger que pasa así a ser el eje de sus historias. Puede hacerlo porque él sí conoce Tánger a fondo.

*Tangerina* tampoco es una novela negra al uso, porque la trama de intriga es más un viaje personal de Sepúlveda

hacia el encuentro con su pasado que al mundo de los bajos fondos, y al final la trama conspiratoria solo es una excusa para ese tránsito íntimo. No es una novela histórica, ni testimonial, sino más bien un archivo detallado de lo que fue Tánger, y una mirada sincera de cómo ve Javier Valenzuela al Tánger actual. Al viejo Tánger, lo mitifica; pero al Tánger de nuestros días, lo trata como si fuera un enfermo, como si lo descorazonara de alguna manera. Como decía al comienzo, no es sino el preámbulo de lo que está por venir en sus dos siguientes títulos, más negros si cabe, más críticos con los males que se han inoculado en ciertas esferas del poder.

Entonces aparece *Limonos negros* (2017), una de las mejores novelas negras ambientadas en el Tánger de nuestro tiempo. De nuevo, el protagonista es el profesor Sepúlveda, quien, junto a la capitana de la Guardia Civil Lola Martín (un nuevo e interesante personaje para la galería creada por Valenzuela) se verá envuelto en una trama de corrupción que une a ambas orillas. Todo lo que se esbozaba en *Tangerina*, se desarrolla ahora con acierto. Para ello, Javier Valenzuela nos adentra en el turbio ambiente que se ha ido generando en Tánger con el negocio inmobiliario, un aquelarre casi salvaje; pero además muestra una realidad vergonzosa que también es actualidad y realidad del día a día de este nuevo Tánger en el que fluye el dinero a raudales: la prostitución infantil y la presencia de niños en las calles que siguen drogándose con pegamento. A eso añade las inversiones de los países árabes que traen con ellas el salafismo, el cambio social que se está produciendo en la sociedad tangerina y que se refleja en menos permisividad y más presencia en la vida cotidiana de la religión, la censura imperante en la nueva moral, la hipocresía que todo esto conlleva. Como toda novela negra que se precie, obliga a adentrarnos en este nuevo y oscuro Tánger que regurgita

2017. Pero, como veremos más adelante, todo es flujo y reflujo.

En este nuevo título, Valenzuela lleva al lector por lugares de Tánger que no son los habituales de otras novelas, e introduce de nuevo en la trama a personajes reales y emblemáticos para cualquier *tanyauí* como Mohamed Chukri, muy recurrente en estos dos primeros libros, a quien utiliza para guiar al lector por algunas peculiaridades de la ciudad mítica. Es, por tanto, una novela con muchos vericuetos, pero todos ellos perfectamente trenzados. Y, como buena novela negra, hay algunos personajes que se quedan grabados en la memoria: el profesor Sepúlveda y la guardia civil Lola Martín, por supuesto, pero también Adriana Vázquez, personaje esencial de la novela, «Messi» o Suleimán o esos otros más oscuros que nos recuerdan a los Blesa y compañía...

*Limones negros* sí que es una crónica negra en sentido estricto, puro *noir*. Como lo es la novela que cierra la trilogía *tanyauí* de Valenzuela: *La muerte tendrá que esperar* (2022). Y he aquí que el autor nos hace una finta y nos trae a este otro Tánger, de pronto reflejo de la misma ciudad que retratará en 2015 y en 2017, pero también distinta y distante desde este nuevo 2022, en el que Tánger pasa a ser esta ave fénix que renace de sus cenizas para convertirse en la ciudad norteafricana más moderna, más emprendedora e internacional (como tratando de recuperar su pasado más glorioso), que incluso intenta desprenderse de la moralina salafista e implantar el *carpe diem*. Deslumbrante, vigorosa, pero, claro, el escritor que lleva al periodista que es Javier Valenzuela, escarba en esta edad dorada, porque tras el barniz púrpura y oro siempre hay lodo y podredumbre moral.

*La muerte tendrá que esperar* rescata personajes de sus anteriores títulos tangerinos y con ellos enhebra una



trama principal de la que escapan numerosos afluentes, llenos de giros y sorpresas. Una visión casi panorámica de la corrupción que campa a sus anchas cada día ante nuestras narices: la del rey emérito, la de los bitcoins, la policial de las cloacas del Estado, la de los eventos deportivos (el Mundial de Qatar tan actual), la de la prensa... Las dos orillas de nuevo mezclándose, pero en esta ocasión en el fango. Sin embargo, entre tanta zozobra y desilusión, entre tanto desengaño, solo el profesor Sepúlveda, de nuevo, parece intentar sobrevivir sin que nada le salpique, observando lo que sucede con una mirada distante y sarcástica. Esa mirada madura y descreída de Javier Valenzuela.

Sin duda, la corrupción es el gran tema de esta novela, y eso arrastra todo el lodo que ensucia la vida pública. Sin titubeos, retrata cómo funciona nuestra sociedad: el tráfico de influencias, las traiciones, los intereses de grupos corporativos, los engaños, la manipulación informativa... El dibujo se traza desde las capas más bajas, con sus aspiraciones de gloria (el personaje de Messi es un buen ejemplo), pasando por los poderes en la sombra (el comisario Romero), hasta los estratos sociales más inexpugnables, pero por ello sin duda más corruptos (el rey, los qatarís...). No deja títere con cabeza. Y deja un amargo sabor de boca al corroborarnos con esta novela que lo que huele a podrido es más profundo aún de lo que imaginamos. Javier Valenzuela está bien informado y se nota. Aunque siempre hay, además, tiempo para otras subtramas que nos dejan respirar algo de aire puro. El profesor Sepúlveda es quien muestra, una vez más, al menos algunos destellos de dignidad.

Pero en esta última obra, también ha sabido humanizar a los personajes que maneja, haciéndolos más cercanos. Y a esos que están inspirados en personajes reales (policías españoles corruptos, por ejemplo) los describe

con tal precisión que los reconocemos fácilmente, lo que dota a la novela de más verosimilitud y frescura.

Sabia combinación la suya la de hacer de Tánger uno de los protagonistas de sus novelas y la de envenenarla con este mundo lleno de corruptelas que nos rodea. Como si la luz azul que identifica a la capital se tiznara con la niebla gris y sucia que llega con el invierno. Pero en sus páginas, pese a todo, se huele Tánger, se palpa en cada capítulo, se vive en cada párrafo, y se cata el hondo afecto que el escritor siente por ella.

Si se leen seguidas estas tres novelas de Javier Valenzuela, se tendrá la sensación de montar en una excitante montaña rusa en la que se irá desvelando la evolución de Tánger en estos últimos ocho años, un período vertiginoso y fugaz, en los que la honestidad y la ética se tambalea ante las actitudes mafiosas que planean sobre la ciudad desde ambas orillas. Como si Tánger se hubiera transformado en un apetitoso cadáver que las aves de rapiña sobrevuelan para caer en picado sobre ella. De eso habla Javier Valenzuela. Y Sepúlveda tratando de salvarla desde la dignidad y el decoro, pero también desde el desencanto.

**Sergio Barce** es un escritor larachense. Autor de *La emperatriz de Tánger*, *Malabata* y *El mirador de los perezosos* es también coautor del guión del cortometraje *El nadador* que obtuvo la Biznaga de Plata al Mejor Cortometraje Documental Sección Oficial de Málaga.

# Tánger: un territorio alternativo a la España negra

Entrevista hecha por Javier Valenzuela para SureS

---

Almuerzo con Juan Madrid unos boquerones adobados en el restaurante El Pesetas de Salobreña, debajo del viejo castillo árabe y de la mezquita medieval que ahora hace de principal templo católico de la localidad. Conversamos para *SureS* sobre la película *Tánger* (2004), que Juan escribió y dirigió a partir de una homónima novela suya de 1997.

*Tánger* cuenta la historia de Abdul Kader Torres, hijo de un policía español y una bella bereber, que se traslada desde la capital del Estrecho a Madrid para hacerse cargo de la empresa de préstamos de su padre. El tanyauí, encarnado por el actor cubano Jorge Perugorría, no tardará en meterse en líos: unos amorosos —se encapricha de la joven amante de su padre— y otros comerciales. Resulta que la empresa tiene vínculos sórdidos con un grupúsculo fascista que va tiroteando a inmigrantes por los suburbios de Madrid.

*Javier Valenzuela:* — Es curioso, ninguna escena de tu película transcurre en la ciudad que le da nombre.

*Juan Madrid:* — Lo que yo quería era contar una historia que me acojonó en su día y me sigue acojonando hoy. Recordarás que, en Madrid, en un sitio donde dormían

inmigrantes, muchos de ellos marroquíes, entró una gentuza decidida a matarlos a tiros. Entonces, servidor se dijo: «Venga, yo voy a hacer una novela sobre esto». La hice, se publicó y luego me propusieron escribir el guion para una película basada en esa historia. Lo escribí y también terminé dirigiéndola. Llamé *Tánger* a la novela y la película porque su protagonista es tangerino.

—*Ya, pero eso no acaba de explicar la cosa.*

—Bueno, supongo que también le puse ese título porque me gusta mucho la relación especial de Tánger con España y viceversa. Esa relación siempre me ha fascinado. Expresa muy bien esa vinculación de España con lo árabe y lo musulmán que nuestro *establishment* trata de negar continuamente. Aquí mismo estamos comiendo al pie de lo que fue una mezquita durante siglos, pero el *establishment* se empeña en camuflarlo, y eso me toca las narices. España nunca ha sido una, grande, libre, alguien tiene que decirlo. España es un país muy raro, heredero de montones de pueblos que nos han formado y deformado. Nuestro país es impuro y por eso muchos españoles tenemos una fuerte atracción por Tánger, que es lo más impuro de lo impuro. Una ciudad de unión, de conjunción, de confusión...

—De copulación...

—Si quieres llamarlo así...

—Tú has ido mucho por Tánger...

—Mucho, como sesenta veces en mi vida. Primero con mi padre cuando era pequeño y, como casi todo el mundo hablaba español, le preguntaba: «Papá, ¿pero son españoles?». Y él me decía: «No, hijo. Pero siempre ha habido aquí muchos españoles y se ha creado una simbiosis». Ya de mayor, nunca he dejado de volver a Tánger. Me fascinan las situaciones extrañas, de mezclas

de razas, de pueblos, de mentalidades... Creo que la mezcla es el origen de la civilización.

—Una vez me contaste que habías conocido a Chukri...

—Sí, lo vi en la calle y me acerqué a saludarlo. Aunque era verano, Chukri estaba con una chaqueta inglesa muy grande que le sentaba muy mal, y también llevaba bufanda. Le dije que había leído su novela *El pan desnudo* y que me había gustado de cojones. Él me propuso entonces tomar unas cervezas y así lo hicimos. Nos dedicamos a hablar de literatura.

Nacido en Málaga en 1947, Juan Madrid, autor de decenas de novelas negras y guionista de la popular serie televisiva *Brigada Central*, recibió en 2020 el *Premio Pepe Carvalho* como homenaje a su condición de fundador del *noir* español junto a su amigo Manolo Vázquez Montalbán, allá por los años 1970 y 1980. Eran aquellos unos tiempos en los que los suplementos literarios despreciaban el estilo claro, conciso y directo de autores del género negro como Juan Madrid, tiempos en los que, como él dice con humor, «solo se consideraba buen escritor al que tardara cien páginas en describir la subida de una escalera».

—Tú siempre has sido fiel al principio estilístico de contar las cosas a través de la acción y el diálogo. En tu película, la xenofobia y el racismo están perfectamente expresados en los improperios que le dirigen a Abdul Kader: «moro de mierda», «alcohólico de mierda»...

—Sí, él llega a Madrid con mucha ilusión, con muchas ganas de integrarse. Pero pronto se da cuenta de lo cabrona que es esta sociedad. Y se va encontrando mal, cada vez peor.

—Una de las frases más rotundas de la película dice: «Cuando los ricos tienen miedo, se hacen fascistas».

—Esa es mi preferida. Cuando no tienen miedo se permiten hasta saludarnos, jajaja. Pero cuando algo político o social les asusta, sacan lo de la pureza de sangre. Yo creo que la esencia del fascismo es despreciar a quien es distinto, no aceptar las diferencias del otro.

—Recuerdo que cuando se estrenó *Tánger*, algunos críticos dijeron que exagerabas, que en España no había fascistas, que España estaba vacunada frente al fascismo. Por lo que vemos ahora, con un montón de diputados ultras en el Congreso, *Tánger* era premonitoria.

—¡Vacunada frente al fascismo! ¡Qué lucidez mental más grande! Jajaja. No, aquí siempre ha habido mucho franquista, lo que pasa ahora es que han salido del armario.

Los boquerones ya escasean en la bandeja cuando me viene a la cabeza una idea:

—Mira, Juan, creo que *Tánger* interpreta en tu película el papel de un reverso, más o menos real, más o menos mítico, de la España de corrupción, racismo y violencia.

—Pues igual sí. ¿Por qué no llamar *Tánger* a un territorio alternativo a la España negra?

**Juan Madrid** es un escritor español de novelas policíacas. Ha sido el guionista y director de la película *Tánger*.



Juan Madrid en el restaurante El Pesetas de Salobreña. Noviembre 2022.